

nia disposuisti timentibus. De aquí salta aquel zelo, con que siempre atendió al Confessionario de los hombres en el patio, y por mas suplicas, y ruegos de Personas ilustres no usó del Confessionario de las mugeres en la Iglesia, porque este abastecido, no quedara destituido el otro. Jamás le endonaron cosa alguna, que luego al instante no la llevara al P. Ministro, para que incorporada en el comun, nunca viviera en lo particular: y observando todas las Reglas, percibiera todo lo que S. Francisco decía à sus hijos: (segun refiere Marcancio: In duodecim fundamentis. Tit. 4. Fundam. 4.) que eran estas: libro de la vida, esperanza de la salvacion, arrba de la Gloria, medula del Evangelio, camino de la Cruz, estado de perfeccion, llave del Parayso, pacto de la paz eterna. Por esso el P. Ignacio imprimió en su memoria el texto literal de las Reglas con tanta tenacidad, que no lo olvidó en toda su vida: y con tanta puntualidad, que lo recitaba corrientemente, como si fuera una de las oraciones de la doctrina christiana. Porque quien assi procura gravar sus obligaciones en la memoria, por maravilla dexa trasladarlas literalmente à la execucion. Este es un diseño, y un borroncito de lo que puedo decir en el grandisimo Mapa del P. Coromina, quando doy à entender como ceñido Geographo à Vmd. quando señalo à aqueste en esta Ciudad de Mexico, ò en la Casa Professa de la Compañia de Jesus. Dios pague à Vmd. el afecto con que mira à la Compañia en su hijo, dándole por esto mucha salud, y gracia, para el lleno de su empleo, &c.

Esta tan potissima linea quanto me alegro, que la

celebre pluma de ocular testigo, dando à luz lo que específicamente expreso, y lo que yo solamente conocí, y apenas puedo explicar con admiraciones, refiriendome en lo demás al silencio.

§. XI.

Comparó un discreto político à los empleos de este mundo, con la emphatica alegoría de las sombras, por los opuestos movimientos que observan, segun las varias pinturas, que tiene la luz con los cuerpos que las causan. Aquel que se presenta frente à frente del Sol, dexa su sombra à las espaldas, y esta lo sigue siempre. Pero el que vuelve las espaldas à la luz, lleva su sombra à los ojos, siempre la sigue, y nunca la alcanza, y si quiere alcanzarla dà con su cuerpo en tierra. Los que viven en luz, y con ella se carean por los passos de la verdad, y desengaño, desdeñan los ascensos: pero estos como sombras huidas, figan al cuerpo del merito, y porfiadas le dan alcance con sus infulas. Las instancias con que seguían al agigantado talento, ciencia, y virtud del P. Ignacio Coromina, fueron muchas por carearse siempre con la luz de la verdad, y del desengaño: y tan grandes como las que el Padre hizo para huir las sombras de sus exaltaciones. Pero como podía menos, que seguirlo, y alcanzarlo el honor, si siempre miraba de hito en hito al Sol de la primera verdad?

Que lejos, y quitado de puestos honorosos estaba el P. Prefecto Coromina, quando renla sus delicias en

las Carceles, tratando con facinorosos, gente perdida, y de baxa ralea: En la Capilla disponiendo para la muerte à los condenados à suplicio: en las chozas humildes auxiliando moribundos: en las calles, y plazas explicando à la plebe la doctrina christiana: en el patio de la Professa oyendo confesiones de pobres, y en su Aposento logrando las dulzuras del espiritu. Mas aviendose abierto por este tiempo el nuevo gobierno de la Provincia, se hallò improvissamente electo el P. Ignacio Secretario, y Socio del P. Provincial. Hecho cargo del Officio, y considerando como se le avia frustrado su deseo de emplearse en las Misiones de Infieles, no tuvo poca pena quando se viò necesitado à interrumpir sus apostolicos ministerios, que ya tenia asentados en Mexico, con la Secretaria, que lo avia de divertir à los Colegios en la visita, y el tiempo que estuviera en sosiego, lo avia de tener con la pluma sin poder dar àbasto à los negocios, que siguen al Provincialato: respuestas de cartas, assignaciones de Sugetos, informes para Roma, apuntes de Consultas, y otras tareas, que todas cargan sobre el Secretario. Empero acordose del documento de S. Bernardo, que hablando con los Hermanos del Monte de Dios, les dice: *La obediencia para ser grande ha de tener una total ceguedad, y una discretissima indiscrecion para no escudriñar el precepto.* Y por esso, por mas dificultoso que fuesse, nunca hallaba trabajo en su puntual execucion el Santo, poniendo su entendimiento, voluntad, y manos al arma, para una prompta operacion. Esto mismo

mismo practicò el P. Coromina, admitiendo la carga con obediencia ciega, y sirviendo la ocupacion con singular empeño. No recibia carta el P. Provincial, à que su Secretario no diese puntualmente respuesta. Avivaba los despachos para Roma, previniendo los informes asì *ad gradum*, como *ad gubernandum*, para que à su tiempo viniessen las profesiones de los Sugetos, que se seguan à hacerlas, y el pliego de los Superiores, que al fin del triennio avian de gobernar. Nunca le fue molesto caminar en las visitas las muchas leguas, que contienen, aun siendole forzoso andar algunas à pie, y tolerar la intemperie, que ofrecian las estaciones. A todo estaba dispuesto, y con una cara risueña, sin que le perturbaran su tranquilidad interior las mayores tropelias de occurrentes negocios. No hay para Dios acafos: pues su providencia mas que lince para sus designios, previene los successos. Y parece, que dispuso poner en la Secretaria al P. Ignacio, para que corriendo los mas Colegios de esta dilatada Provincia, conociesse à los Sugetos de ella, y estos reciprocamente se hiciesen capaces de la benemerita Persona del P. Secretario, de su religiosidad, de su expediente, y de su amable trato. Con esta excursion verdaderamente dexò el P. Coromina en cada uno de los Colegios por donde passò, impressa una estampa en los Corazones de todos, en que vieran aun en su ausencia, las especiales dotes de su Persona, con que se arrebatava los afectos de quantos lo trataban: los que quedaban bien imbuidos en el concepto, que formaban del

Padre, teniendolo por hombre Santo, y verdaderamente grande. Por dos rumbos, entre otros, se hizo admirar en su officio el P. Secretario: uno fuè, el que no se olvidò por las Rancherías, Ventas, Pueblos, Haciendas, y Colegios en que se hospedaba, del Confessionario, y exercicio de la santa doctrina, deseoso de ganarle aun en los caminos almas à Dios. El otro fuè, que aun siendo cortos los intervalos, que para el descanso le ofrecian las jornadas, nunca omitió el uso de la oracion mental, leccion santa, y asentadas penitencias. Con la ocasion de esta su peregrinacion forzosa, procurò el Padre atesorar particulares noticias especificas de cada lugar, que pudieran servirle para gloria de Dios, y utilidad de los Proximos. Observaba asimismo los grados, y leguas à ellos correspondientes en nuestro Meridiano, y aprovechandose de los principios mathematicos, que avia estudiado en la Universidad de Cervera, sacò à luz una tabla geographica de las distancias, y situaciones de este Reyno. Imprimió esta tiempo despues, callado el nombre de su Author, en la Puebla de los Angeles, año de 1757. dedicada al Excmo Señor Marquez de las Amarillas. Con esta obra clausuló el officio de Secretario el P. Coromina, y aviendo merecido la aceptacion de la Provincia, se puso en parangon de que abriendose el pliego de Roma, en que el Rmo. P. General enviaba el gobierno de la Provincia, le viniesse Patente en que era nombrado Rector de este Colegio de Guanajuato. Expeditóse el Padre promptamente evacuando las reliquias del

del officio, y luego se puso en camino para su Rectorado.

§. XII.

Guanajuato confuso conglobado de fragosos cerros: altos unos, otros baxos, y todos tan horrorosos à la vista, que mas parecen habitacion de fieras, que estalaje de racionales: como que en este aborto de la naturaleza, intentò esta offentar su harmonía en su escabrosidad, negando planes en que situarse poblaciones de gentes. Vistosa variedad à los ojos, y tan inconceptible en el todo su especie, que no pudiendo afixarse en el entendimiento, tampoco puede hacerse de ella composicion, que depositada en la memoria, sirva para describirla en un Mapa. Situacion etherogenea de cimas, faldas, y muy escasos planes: en los que ya se hacen admirar sumptuosas fabricas, copiosa succession de bien portadas tiendas, y tropella de humildes edificios: ya se encuentra un agregado de cosas pajizas, que si unas se acercan, otras se apartan de su centro por los altos, y baxos de su sitio. Abrigo de gentes, que à fuer de un improbo trabajo, agitado por el espiritu de la codicia, y ansia de acaudalar riqueza, no de una sagaz industria sollicita de una suficiente comodidad. Refugio de muchos pobres, à quienes recibe con entrañas de plata. Madrugera consiguientemente de hombres viciosos, que causando con su muchedumbre, confusion, y desorden, no reconocen otra ley, que la de su apetito, temeridad, y

ofensiva, y baraxados individuos de varias infames calidades, componen un pueblo montuoso de brutales costumbres. Bolsa opulenta de perennes thesoros, que depositò el Omnipotente en ricos minerales para enriquecer al publico. Finalmente, Madre de profundos ingenios, indoles suaves, y animos generosos propensos à lo bueno, y de pensamientos mui nobles: correspondientes à lo distinguido de su vecindario: en que campea con un comercio no vulgar, la politica, y piedad christiana.

Esta Ciudad pues, ò este theatro de la admiracion en su naturaleza, ò emporio de platas en sus minas, fuè la que el dia 28. de Marzo año de 1757. recibì como à Rector de su Colegio al P. Ignacio Coromina: dia ciertamente digno de anotarse en los annales de Guanajuato, no con una piedra de las muchas que conciben sus cerros, en que blanquea la plata: si con un Astro de primera magnitud, reclamo de aquel que guiò à los Monarchas Orientales quando venian à adorar al nuevo Rey de los Judios: porque en la realidad fuè el P. Coromina una nueva Estrella, que iluminò como Sol à Guanajuato: y presidiendo à las que mantenidas siempre en su orden religioso poblaban su Colegio, pudo con este aunque corto esquadron, hacer guerra al Principe infernal, vibrandò armas de luz, que dissipáran las tinieblas, que obscurecian su emispherio. Para el espiritu del P. Ignacio era estrecho theatro el que se le proponia: pero hizo en èl tantos alardes, consiguió tantos laure-

les, y se ennoblecì con tantas proezas apostolicas, que pudieran llenar un Reyno. No convirtiò Gentiles, como deseaba; pero reduxo à penitencia muchos pecadores; y nadie ignora, que no es tanto triumpho sacar à un barbaro de las supersticiones, que le cegaban la razon; como ganar à un Christiano vicioso, cuya voluntad domina el desafuero. Por esso el P. Ignacio, apreciando su destino, todo su cuidado fuè adornar su Esparta, y cultivar segun el adagio, la pequeña fuerte, que Dios por medio de la obediencia le avia encomendado: *Exiguum colito*. Hizo empeño suyo el trabajo, y pudo decir con el Apostol: *Plus omnibus laboravi*, que trabajò mas que todos los que como Apostoles habitaron aquel Colegio desde su fundacion. Porque aunque este Baluarte Jesuita siempre avia observado la harmonia regular en su religiosa distribucion, edificativo porte, y practica de sus ministerios, baxo la conducta de los benemeritos Rectores, que precedieron al P. Ignacio: empero en tiempo de su nuevo Rector subì de punto el concierto: porque purificada entonces la condicion de los Misioneros, y Maestro de Philosophia, que fundò el piadoso nunca bastantemente alabado Caballero D. Pedro Bapta. de Retana, se aumentò el numero de los Operarios, y aviendo tantas manos mas, no es mucho, que fuè mas copiosa la mies, que se encerraba en los alohes de la piedad, que la que se avia logrado en lo antecedente. Por esso ofreciendolo assi las circunstancias en el rectorado del P. Coromina, se diò un fortissimo abanze al Infierno, despojeyendo à sus

sus nefarios esquadrones, de la plaza que tenía tyranizada su soberbia: pues aunque los Jesuitas Campeones desde que pusieron su Fortaleza en Guanajuato, con zelo apostolico procuraron conquistar aquel Payz, y desmontaron no poco de su fragosidad, todavia quedaba mucha selva que vencer: y el infernal poderlo aquartelado ya, en las grutas de los cerros, ya en la profundidad de las barrancas, ya en las concavidades de las minas, hacían considerables hostilidades en sus moradores: en quienes se experimentaba una brutal ignorancia de las verdades eternas, un temerario despecho en sus costumbres, y una suma libertad para el vicio. Empero puesto en campo de batalla con su animoso Gefe, el Colegio de la Compañia de Jesus, se mudó el sistema, porque publicando la ley del grande Monarcha de los siglos; empleo proprio de su Santo Instituto, ya corrian en mas numero de dia, y de noche por plazas, calles, barrios, y cerros confesando moribundos, y explicando los dogmas de nuestra catholica religion: haciendo fuertes inyectivas contra las culpas, y allanando el camino del Cielo. O bendito seas para siempre fervorosissimo P. Ignacio Coromina, y tu una, y mil veces bendito, Colegio apostolico, Misionero divino, que tanto anhelas, y tan facil expones la salvacion al mundo, aun con perdida de las vidas de tus Alumnos, no admitiendo paga por tus ministerios, no aceptando en premio de tus afanes, y proezas, dignidades; sino que tu comercio, y codicia es ganar almas para Dios: almas compras, almas vendes, y almas te da Dios por galardón de tus sudores, y fatigas! Entró

Entró finalmente el P. Ignacio Coromina á ser Superior de este Colegio no solamente con gusto de todos sus Subditos; mas tambien con universal aceptacion del Publico. Porque los Subditos reconocieron en el Rector aquellas partes de virtud, y prudencia, que lo hacían acreedor del nombre de Padre; condicion necessaria en un Prelado para el acertado, y pacifico gobierno de su officio. Los Republicanos, y Personas mas conspicuas de la Ciudad, le hicieron todo favor: mal dixe, cumplieron con la obligacion cortesana de visitarlo en su primera entrada, manifestando en sus ingenuas expresiones, el gran concepto de que estaban ya preocupados, acerca de su benemerita Persona: y el Padre urbanamente charitativo, y religiosamente officioso, correspondia con la oferta de su Persona, Cargo, y Colegio. Retornó á todos la visita, y en su trato dió á conocer los fondos de su capacidad; su amabilidad sincera; su dulce natural; su Corazon zeloso del bien comun: passos que no dexaron arbitrio para la deliberacion, sino que una interior fuerza, y movimiento executivo, necesiò á las voluntades para amarlo, y á los entendimientos para estimarlo como á hombre de gran juicio, y venerarlo como á Religioso solidamente Santo. Este fué el preliminar anuncio de su gobierno, abanzando, segun el prologo latino, con el buen principio la mitad de la obra: *Dimidium facti qui bene cepit habet*, y pudiera sin hyperbole decir, que desde luego se puso en el fin: porque encadenándose sucesivamente unos passages con otros, llamaron á los

ulti-

últimos los primeros, manteniéndose en un inalterable tenor la disciplina regular, las excursiones espirituales, y zelo de las almas, desde que el P. Coromina puso sus pies en el Colegio, hasta que, passados dos triennios, lo desamparó, para ir á recibir el galardón, como piadosamente esperamos, de sus virtudes.

§. XIII.

Fue el carácter del P. Ignacio en todos los seis años, y meses de su rectorado, observar todas las cosas á lo natural: dicho muy barato en su vocar *á lo natural*. Y esta naturalidad en su concepto, era una bien tupida distribución religiosa, que tenazmente seguía no solo en lo particular de su Persona, sino en lo común de su Colegio. De su Persona en el puntual ejercicio de la vida común fué puntualísimo, dando por sentado con su exemplo, que el cumplimiento de las distribuciones domesticas, era lo mas perfecto. Su refeccion cotidiana era muy medida: y escaso su sueño, levantándose muy temprano: y muchas veces tocando el mismo la campana á despertar. Todo el tiempo de su madrugada lo daba á la oración, y un quarto de hora ordinariamente antes de la Misa primera gastaba en el Confesionario del palchando penitentes. En los dias de concurso adelantaba media hora este exercicio, para satisfacer á la muchedumbre de Fieles que lo aguardaba para reconciliarse, y recibir la Sagrada Comunión en la primera Misa. Esta celebraba siempre el P. Rector al toque de la campana, para el galardón de tus sudores, y fatigas! E de-

dexando qualquiera concurso por obedecer á Dios, que por el sonido de esta le hablaba: Llenaba en el altar la media hora, que prescribe la regla de los Sacerdotes, ofreciendo al Eterno Padre con toda devocion el in-cruento Sacrificio de su Unigenito: despues del qual daba por espacio de otra media hora gracias, y ayiendo tomado su ligero desayuno, volvía al palenque de la penitencia: en el qual gastaba largas horas. Restituíase despues á su Apofento, donde continuaba sus tareas revolviendo libros hasta la hora de comer. Asistía al Refitorio, y acabada la refeccion, despues de la honesta recreacion acostumbrada, se retiraba á su camara otra vez, en la que empleaba el tiempo de la siesta en rezar devotísimamente lo que le restaba del Officio Divino, para poder á las dos de la tarde adelantar los Maytines, y Laudes del dia siguiente. Continuaba en su retiro todavía leyendo Santos Padres, y Sagrados Interpretes de la Escripura hasta que era hora de rezar la Letanía de todos los Santos en Comunidad, segun el uso de la Compañía. Seguía la cena, y la quiete á que nunca faltaba el P. Rector, aunque le ocurriese embarazo: porque para el Padre no lo avía en tiempo de distribución. Tomaba despues los puntos para la oracion del dia siguiente, hacia el examen de conciencia por espacio de un quarto de hora: concluyendo con otra hora de oracion, que terminaba á la semana tres dias con una rigorosa disciplina.

Esta inviolable distribución solamente dispensaba el